









Estaba mirando hacia arriba a la torre, cuando una voz me llamó desde la niebla. Poco a poco iba apareciendo una forma y se fue aclarando lentamente mientras el hombre se acercaba; me dio un vuelco el corazón cuando vi que era Big, pero mantuve una expresión amable.

—Oye, tu aprendiz de Alguacil llamado Big enñado, ¿me atrevería a decir que tu maestro no te envió a pararte ahí como un vago. ¿Qué haces?

—Solo estaba observando esa torre —respondí señalando







Mi maestro y yo habíamos estado en la obra menos de un mes. Bajamos desde Londres hasta el famoso puerto donde barcos de muchas tierras cargaban y descargaban, nunca había visto tantos barcos.

Se rumoreaba que el ingeniero del rey necesitaba más albañiles que trabajaran con piedra, pues su fortaleza, el símbolo del poder real, debía terminarse. Era preciso que estuviera listo para vigilar desde la cima de los acantilados, defender la nación y proteger la importante ruta de comercio.

Cuando llegamos a la obra del castillo, nos encontramos con una gran multitud de trabajadores, nunca antes habíamos visto tantos. Había albañiles montados en andamios inestables de madera, hombres haciendo girar hábilmente el torno, la gran rueda que levantaba los canastos de piedra, y transportadores de mortero que casi se doblaban por el peso de su carga. Ya conocíamos a los otros albañiles, incluyendo al maestro Hankin, que estaba a cargo de todos, y también al gruñón Big.

Pensando en Big, recordé su advertencia sobre la torre y me dio un vuelco el corazón. Miré las sombras que se extendían a mi alrededor e inmediatamente comencé a guardar las herramientas de Aldred.

